



TÍO GALO

Carmen Muñoz

TÍO GALO



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carmen Muñoz

-

ISBN: 978-84-17961-16-9

ISBN digital: 978-84-17967-17-6

Depósito legal: M-22983-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Carmen, en la Tierra,
a José, en el Cielo*

CAPÍTULO 1

Cuando el primer almendro le salió al paso sintió que estaba cerca. Luego el resto, una multitud, todos vestidos de blanco, la acompañaron para que no hiciera sola el último tramo. Bajó la ventanilla del coche y respiró hondo el aire frío. Febrero ponía invierno en el calendario pero allí, en el pueblo, una nieve de pétalos prometía primavera. «Es lo que tiene el sur», pensó Gala, un sol vibrante que despierta los árboles antes de hora y se cuelga del cielo sin prisa por apagarse y deshacer los veranos. El caserón de Nela no tenía pérdida: el primero entrando por la carretera, a medio kilómetro del núcleo urbano; aun así necesitaba llegar antes del anochecer, no fuera que la poca luz y el mucho tiempo transcurrido desde la última vez le jugaran una mala pasada. Había sido un viaje muy largo: de madrugada abandonaba París, helado y gris, con una urgente necesidad de soledad y distanciamiento, y ningún lugar para ello como la casa de la abuela Nela, que en realidad nunca vivió allí y a la que nunca conoció, y que permanecía cerrada hacía décadas, detrás de los Pirineos. No sabía si la había alcanzado o ella le había salido al paso, maciza y firme, una mole cuadrada de piedra con grandes ventanales y una gran puerta de madera de barniz rojizo resquebrajado, con una pequeña campana de bronce con la que avisar de la llegada de visitantes. Gala pisó el freno y dio un volantazo a la derecha para recorrer los últimos metros. Los faros recién encendidos despejaban las primeras tinieblas colgadas de las paredes. Apagó el motor, puso el pie en tierra y hurgó dentro del bolso buscando las llaves. Se enfrentó a la puerta, pero antes

de entrar no pudo evitar golpear el badajo, anunciando su regreso después de treinta años.

Sobre los cristales se recortaba la silueta de su madre, un perfil algo encorvado que dirigía la mirada hacia la mesa camilla donde se desparramaban las ciento noventa y nueve piezas del puzle. Gala se paseaba por el amplio salón, peregrinando de cuadro a foto y de idea en idea; era su forma de concentrarse y buscar la verdad, como si la verdad jugara al escondite entre las cosas de la casa. Cansada de no encontrarla, abrió el balcón y se asomó a los tejados de París. La fe para ella era saber que en otro punto, fuera de su vista, la torre Eiffel se clavaba en la tierra y de algún modo regulaba los flujos energéticos de la ciudad mejor que cualquier otra construcción humana. Creer en lo que no se ve era sentir la presencia de las cosas, escuchar sus ecos, los ojos cerrados vueltos hacia adentro. En cambio Sabina, su madre, se concentraba sobre el caos de madera que esperaba ser recompuesto, sentada y muda durante horas.

—Necesito irme unos días —comentó Gala—, quiero pensar. En estos momentos no sé quien soy ni lo que quiero, ni qué será de mi vida en adelante.

Sabina levantó la mirada hacia su hija

—Haces bien, tienes que encontrar la pieza de que falta.

Cuántas veces había escuchado Gala esas palabras, muchas, desde que era adolescente y a su madre le daba por desaparecer una semana al año dejándola con su padre, enfermo de alzhéimer, y una asistenta.

—¿Mamá, adónde vas? —le preguntaba entonces.

—A buscar la pieza que me falta —contestaba siempre, y siempre, también, se negaba a que la acompañara.

No entendía la obsesión de su madre. Era cierto que al rompecabezas le faltaba un trozo. Era precioso, de maderas diferentes y nácar, y cuando estaba hecho se formaba la figura de una mujer con la cabeza inclinada que juntaba las manos a la altura del pecho

sujetando, y allí terminaba todo, lo que debía ser una paloma, porque solo quedaba el hueco que dejaba la pieza número doscientos. Gala imaginaba a su madre subir montañas, vadear ríos, cruzar desiertos, preguntar a enanos y gigantes el paradero de aquel trozo de madera con silueta de ave, con las alas estiradas, formando la misma uve que el hueco apoyado entre los dedos de madera. Al cabo de esos días la veía regresar con las manos tan vacías como la mujer del rompecabezas, pero el ánimo colmado de una fuerza que le permitía seguir adelante.

—¿Mamá, dónde está la paloma?

—Lejos, Gala, muy lejos, y se ha hecho tan grande que no cabe en casa, por eso no se ha quedado.

—Déjame ir contigo la próxima vez, igual entre las dos podemos traerla —le contestaba la hija, aunque sabía que se trataba de una metáfora, y que hay viajes que solo pueden realizarse en soledad.

Sabina besaba a su marido en la mejilla y Jacinto, con pasos lentos, corría entonces a esconderse en su despacho. Su pasión era, cuando la recordaba, la Historia. Fue profesor universitario de Historia de Latinoamérica, nombre impuesto por Napoleón III para referirse a América del Sur. Años atrás estudió las rutas marítimas de los primeros navegantes, conocía al detalle las campañas militares de los conquistadores españoles, sabía el nombre de todos los dioses que velaban de los pueblos indígenas. De todo, lo que más le gustaba, a lo que había dedicado todas sus horas libres y todos sus pensamientos, eran los mapas antiguos, cuajados de miniaturas, rayas y rosas de los vientos, se perdía en ellos. Los reproducía con todo lujo de detalles: pergaminos, plumillas, tintas de la época. Jacinto no necesitó nunca dejar la casa unos días, la puerta cerrada de su despacho hizo de frontera. Si alguna vez se encontró consigo mismo en uno de aquellos paisajes no lo dijo. Sabina jamás lo acompañó por aquellas rutas imaginarias, los únicos caminos que habían recorrido juntos fueron los muelles del Sena durante su breve noviazgo y el pasillo que quedaba en el centro de la iglesia en

la que se casaron, una pequeña iglesia a las afueras de París. Jacinto era hijo de exiliados. Tenía diez años cuando dejó España con sus padres, republicanos, que se establecieron después de rodar un tiempo en Alsacia, en una granja. Al poco sintieron que su huída había sido en vano, de nuevo tenían la guerra bajo sus pies, pero en otra tierra: la Francia ocupada.

Cogidos de la mano, Jacinto y Sabina paseaban por el río bajo la mirada atenta de las gárgolas que los espiaban desde las alturas de Notre-Dame. La muchacha era demasiado joven para comprender que el reloj de él llevaba parado un cuarto de siglo, antes incluso de que ella naciera. Posiblemente ni él fuera consciente. Sus conversaciones volvían una y otra vez al mismo punto: a un muchacho de quince años que ayudaba a cruzar una frontera de alambradas colocadas por los alemanes a otros compatriotas, exiliados como él, que pretendían alcanzar la Francia libre antes de volver en la clandestinidad a una España triste, hambrienta y en paz.

Gala encendió todas las luces del caserón; a pesar de sus cuarenta y cinco años le tenía temor a la oscuridad. Desde pequeña creía que la noche hacía desaparecer el mundo y todo lo que había dentro. Tenía que hacer acopio de sensatez para pensar que nada se va, que todo permanece quieto, existiendo a su lado, cruzando con ella la negrura. Llegó a comprender que el significado de ese miedo no era más que temor a lo desconocido, un mar oscuro lleno no sabía de qué ni de quién, de un futuro que temía y de un pasado que se agotaba en sus padres, una falta de pertenencia a algo más que a ella misma y al día en que respiraba.

En seguida se relajó, en cuanto los habitantes de la casa la saludaron con sonrisas desde las fotos viejas. Había conocido a algunos de ellos: en sus primeros quince años de vida acumuló recuerdos y sentimientos, pero ya no estaban, pertenecían a su mar abismal, al reino del vacío encarnado en la noche. Tampoco sabía mucho de sus vidas más allá de cuatro detalles cronológicos y grados de parentesco y, aunque de adulta había querido escarbar, tampoco

Sabina estaba dispuesta a soltar prenda. Seguramente si apoyaba el oído a las paredes, decía para sí, escucharía bajito los ecos de los muertos. Sacudió la cabeza, a veces se sentía ridícula al pensar tonterías como esa, y por un momento se acordó de su madre y de ese rompecabezas que la veía manosear desde hacía tres décadas, el cual jamás pudo ser reconstruido por completo. Un escalofrío la sacó de sus pensamientos, el invierno que había dejado en París la había perseguido hasta allí y se quedaría con ella por lo menos hasta el día siguiente, cuando de nuevo los almendros le calentaran la vista. Fue a la cocina sin errar un paso, se sentó en una silla y apoyó el bolso sobre una gran mesa de mármol desgastada a fuerza de años de estropajo, lo que la hacía más auténtica. Sacó un bocadillo envuelto en papel de aluminio, seguramente el primer papel de aluminio que entraba en aquella cocina, y una botella de buen vino francés con el corcho intacto. El vino y el cansancio le sirvieron de nana, y con los párpados caídos llegó a un dormitorio donde una cama alta cuidó de ella mientras atravesaba, una vez más, la nada.

Se levantó tarde y sintió hambre. El agua fría en la cara la espabiló de golpe, se vistió, subió al coche y se dirigió al pueblo en busca de un bar donde desayunar. Había varios, pero ella recordaba uno en el centro del pueblo, en una calle ancha con un paseo en el centro que los árboles sombreaban en verano. Lo encontró. El bar Avenida llevaba abierto sesenta años, desde mediados de los cincuenta, y desde entonces esparcía a primera hora el olor a fritanga de los churros recién hechos, circulares, atados de seis en seis o de doce en doce a un cordel de donde colgaban mientras los madrugadores los llevaban a casa soltando azúcar por el camino. No los había olvidado y pidió media docena y un café con leche. Se puso a desayunar en silencio bajo la cascada de noticias de un televisor situado en lo alto, paseando la vista por las innumerables fotos con la fachada como protagonista y un sinfín de personajes que actuaban de figurantes. Algunas las reconoció, otras no. Lo que seguía en el mismo lugar era el tocadiscos de luces chillonas que funcionaba con monedas y que ya nadie usaba, salvo algún

nostálgico que quisiera escuchar «Un beso y una flor» en vinilo. En un rincón soleado, cerca, un hombre de unos setenta años, de cabello espeso y blanco a juego con su mostacho, leía el periódico delante de un vaso con posos que dejaban en el cristal bonitas huellas, como las marcas que pudiera dejar en el mundo una vida realizada. Gala miró instintivamente el fondo de su taza buscando qué dirían las tuyas. En París solía acabar las tardes con sus amigas en una tetería árabe, donde la dueña, una mora entrada en años, de ojos perfilados y tez morena, de vez en cuando se prestaba a la lectura dando vueltas en sus manos con dibujos de alheña a las tazas vacías. Allí dentro cabía la vida de todas y cada una. Aprendió a mirar. El televisor seguía vociferando la actualidad del país sobre su cabeza y tuvo que concentrarse. Solo vio el vacío (no le extrañó) en la mancha oscura del fondo: su mar, su noche, su miedo. Luego siguió su ascenso hasta el borde, allí se difuminaba y desaparecía. Lo interpretó como una liberación, lo profundo sale a la superficie y se deja ver. «Ya veremos», pensó.

El hombre del pelo blanco dejó de leer para observarla, había brillo en sus ojos claros.

—Es una forma de lectura muy antigua —se atrevió a decir por encima de las mesas, contiguas. Estaban solos, el dueño había desaparecido en la cocina. Gala lo miró confusa y avergonzada por haber sido sorprendida en un momento tan íntimo.

—¿Cómo dice?

—Digo que hace bien en mirar dentro, pero también se puede mirar fuera, o arriba, o abajo, o a los lados, la verdad está por todos sitios.

—¿Está usted seguro?

—Lo estoy. Usted, por ejemplo, no ha parado de hablar desde que ha entrado.

—¿Yo? —Gala pensaba que aquel hombre era muy viejo para pretender ligar con ella.

—Sí. Nada más verla he sabido que es forastera, pero que no es la primera vez que está aquí.

—Vaya, ¿y eso por qué?

—Por la forma de mirar las fotografías. Parecía que anduviera recordando. Luego he sabido más cosas.

—¿Ah sí, cuáles?

—Que es usted extranjera, francesa, aunque no exactamente, más bien es oriunda de este pueblo.

—Me deja usted de piedra.

El hombre rio.

—No es para tanto, solo hay que oírla hablar. Su castellano no se aprende en las escuelas sino en casa, pero el resto del tiempo habla francés, lo que hace que a veces pronuncie alguna palabra con la nariz, muy suavemente, y termine alguna frase con un pequeño golpe de voz. Un espíritu mestizo, diría yo: las entrañas de un sitio, la piel de otro.

Gala no sabía si ese desconocido la golpeaba en las entrañas o en la piel, el caso era que se dolía por momentos, no sabía dónde.

—¿Es usted profesor, para saber tanto de lengua, o cura, para creer conocer el alma de la gente? —comentó algo molesta.

El hombre rio de nuevo.

—Ni lo uno ni lo otro. Le ruego que no se ofenda, no era mi intención. Intuí que andaba buscando algo, luego, no me cupo la menor duda, pero no soy adivino, simplemente un viejo que se dedica a vivir, y a esperar.

Hubo un silencio que pronto llenó la forastera.

—¿Y qué espera? —Gala sintió que se entrometía—, perdone la pregunta, no me conteste si no quiere.

El hombre la miró divertido. A Gala le vino a la cabeza lo más obvio y permaneció callada, sin saber cómo salir del apuro.

—Míreme atentamente, quizás así encuentre algún poso en mí que le dé la respuesta.

—No llego a tanto.

El señor del pelo blanco sonrió.

—Yo sí.

Gala se ciñó la chaqueta, cruzó los brazos sobre el pecho y se encogió un poco, escondiéndose del análisis de aquel desconocido.

—No se inquiete, todo lo que veo es bueno.

—Vaya, menos mal —dijo aliviada. ¿Y qué ve?

—Veo que ha heredado la belleza de su madre, su cabello castaño claro, su rostro ovalado, la manera de mover las manos, su forma de ser, y que si ha venido aquí es para encontrar lo que anda buscando.

Se quedó petrificada. Aquello parecía el juego del gato y el ratón.

—O sea, que adivina lo que, sin duda, sabe —contestó algo airada, pero sin atreverse a dar por terminada la conversación—, me ha estado tomando el pelo.

—Es un viejo truco, Gala.

—¿Conoce mi nombre?

—Conozco el nombre de todos los tuyos.

La mujer bajó la vista, las viejas fotografías de la noche anterior le salieron al paso. «Habla con él —creía ahora que le decían desde sus bocas mudas— nosotros ya no podemos». Se enfrentó a sus ojos azules

—Ni yo misma sé qué hago aquí, necesitaba huir.

—O regresar —dijo él.

—Si usted lo dice. Huir, o regresar, depende de la intención, todavía no lo tengo claro. Tenía quince años la última vez que vine a este pueblo, al entierro de mi tío bisabuelo.

—Lo sé. Yo estuve allí.

Que Sabina frecuentara la compañía de Galo y Jean entraba dentro de lo normal, aun para las costumbres y moral de la época. De pequeña, eran muchos los días en que de la mano de su madre acudía a la gran casa de piedra, de visita, como solía decirse. Disfrutaban juntos y, a veces, Jean la llevaba de paseo al pueblo a comprarle caramelos o un helado, otras, iban todos a tomar un chocolate con churros en el bar Avenida. La gente miraba y murmuraba por lo bajo. «Ginger y Fred» los llamaban a sus espaldas, sin sa-

ber muy bien a quién encarnaba cada uno. También los conocían como «los bujarrones», y en eso sí estaban todos de acuerdo. Pero, como decían, qué culpa tenía la criatura, refiriéndose a Nela, la madre de Sabina, de tener un tío de la otra acera, y que viviera, además, públicamente, con un atildado y viejo francés. Ese era todo el escándalo que estaban dispuestos a soportar en aquel pueblo aragonés, grande, rico y corto de miras, con pretensión de ciudad, de frondosa huerta y extenso secano, algo de industria, unos cuantos edificios renacentistas, un antiguo convento, dos iglesias y una calle ancha con un paseo en el centro para los domingos después de misa. Por eso, cuando la muchacha quiso vivir con ellos al morir sus padres, todos se echaron las manos a la cabeza, incluso pensaron en denunciarles por conducta inmoral para evitar la perdición de Sabina, que tenía entonces diecisiete años. Volver a París fue la solución. Jean era parisino y Galo había vivido mucho tiempo allí. Dada la situación, los dos hombres pensaron que sería la solución, por lo menos provisional. El amor, o algo parecido, hizo que la solución provisional se convirtiera en definitiva: en cuanto Sabina conoció a Jacinto y se casaron, Galo y Jean volvieron al pueblo.

Jacinto, el profesor de Historia y novio de Sabina, exprimía la historia que había fascinado a la joven.

—Estaba limpiando el establo —decía— cuando escuché un silbido que venía del ventano. Levanté la vista sin dejar el rastrillo y salí a ver.

—¿Tuviste miedo?

—Claro. Vivíamos en una granja alejada de otras granjas y los únicos que frecuentaban el lugar eran los soldados alemanes que vigilaban la zona fronteriza, y estos no silbaban, hacían ruido con sus botas y con sus risotadas cuando estaban borrachos, todas las noches, en el hogar de la cocina de los amos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Sabina, que ya sabía la respuesta. Quería alargar las palabras, encontrar otros matices que le dieran nuevo brillo a la historia.

—Vi a dos hombres correr y esconderse entre unos árboles. Luego una voz preguntó: «¿español?». Sin duda me habían espiado. Era la primera persona que escuchaba hablar en mi idioma desde hacía mucho tiempo. Llevaba cinco años hablando exclusivamente en castellano con mis padres, incluso me daba cuenta de que, cuando estaba muy cansado pensaba en otro idioma. Como te decía, el hombre que me habló y el otro eran exiliados, como nosotros, anarquistas, dijeron, independentistas también. Huyeron el segundo antes de ser llevados a la cárcel por el Régimen y estuvieron vagando por Europa huyendo también de la guerra. Llegaron a Suiza y consiguieron un empleo, ahorrando la mayor parte del dinero a base de trabajar mucho y comer poco. Estaban muy delgados, las ropas parecían de otros, quizás lo fueran. Antes de continuar me dijeron «¿tienes algo de comer?»; les dije que esperaran. Volví con un trozo de queso, pan y un poco de vino: nadie me vio cogerlos. Se hizo el silencio mientras los dos hombres llenaban el estómago con prisas. Estaban hambrientos, sucios, agotados. Para mí, la palabra exiliado significaba lejanía, soledad, trabajo duro y la mirada escrutadora de los nazis en nuestros cogotes, pero no hambre y determinación.

Sabina se pegaba al brazo de Jacinto y alargaba el paso, respirando la paz parisina y el humo de las Vespa que invadían la ciudad. El pasado de su novio ponía colores y drama en el suyo y en el de su familia, una familia burguesa, rica propietaria, bien considerada según tenía entendido, pero poco apegada a la vida: todos se convertían pronto en fantasmas; sus padres, su abuelo. Pensó en Nela, su madre, la querida sobrina del tío Galo. Le asustaba morir joven como ella y pasar por la Tierra en silencio, casi de puntillas, casarse sin más, ir del pueblo al caserón sin más, y un día desaparecer, sin más. Sabina creía caminar hacia la luz de la mano de Jacinto. Veinte años mayor que ella, representaba la amalgama del padre, del hombre y del héroe, un héroe muy lejano, de quince años. Esperaba que su brillo la iluminara y la compensara de su propio desarraigo, de una familia que la abandonó a la fuerza muy joven, y que le hiciera olvidar, o recordar sin pena, todo lo que dejó en el pueblo.

—Aquellos hombres me dijeron que estaban formando un corredor logístico para sacar del país a otros españoles molestos para el nuevo gobierno, y que si volvían era porque sus propias familias estaban en peligro y vivían escondidas. Tenían que sacarlos de España y llevarlos a la Suiza neutral asumiendo unos peligros que no eran mayores de los que ya soportaban —siguió explicando Jacinto.

—Lo que no entiendo es por qué no dijiste nada a tus padres —comentó Sabina, interrumpiendo el relato de Jacinto.

—Iba a hacerlo, pero uno de ellos me cogió del brazo, «hay un día en la vida para hacerse hombre, y este puede ser el tuyo» me dijo. Quedamos en que se mantendrían ocultos hasta la noche, entonces yo les ayudaría a cruzar los cercos de espinos por donde menos vigilancia hubiera. También me preguntaron si podrían contar conmigo para ayudar a otros, les dije que sí. Aquella vez salió bien. Poco después aparecieron dos más, y allí acabó todo.

—Los nazis ¿eran tan terribles como se cuenta?

—Sí, lo eran. Cultivaban el miedo sin una sola palabra. Tomaron al asalto la granja de los amos y los convirtieron en siervos, y a nosotros con ellos. Los soldados vivían en barracones cercanos pero los mandos: cuatro oficiales, rígidos como serpientes encantadas, se instalaron en la parte superior de la casa sacando a los granjeros de sus camas. Por las noches cenaban y bebían hasta emborracharse y jugaban a hacer puntería con lo primero que encontraran, hambrientos por usar las armas. Lo sé porque me tocaba llevarles el aguardiente y lustrarles las botas. Creo que, incluso, si puede decirse, me tenían aprecio, como se puede tener a un perrillo faldero. Yo intentaba parecer tonto y pasar desapercibido. Me ayudaba el hecho de tener el pelo castaño y los ojos claros. De haber sido moreno y de piel aceitunada posiblemente hubieran hecho blanco en mí cualquier noche, para divertirse. Ya no quedaban perros ni gatos sueltos por los alrededores.

Sabina no había nacido cuando ocurrieron estos hechos, todo lo que sabía de la guerra se lo habían contado, pero ya había soportado

la emigración y la orfandad, lo que la hacía parecer mayor de lo que era y acortar distancias con la mediana edad del profesor de Historia. Jacinto, a su vez, cuando revivía esos recuerdos volvía a ser, aunque fuera por unos minutos, un adolescente de pasado terrible. Entonces se encontraban, a medio camino, y se consolaban en un abrazo.

—La segunda vez no tuve tanta suerte. Íbamos campo a través bajo la luna creciente. Yo conocía al dedillo el camino y no necesitaba más luz. Caminábamos agachados, los dos españoles y yo, por medio del prado. De pronto se hizo de día, nos pusimos de pie y corrimos como cucarachas huyendo de aquel sol nocturno. Escuchamos ladrar a perros que parecían dragones, sujetos a correas tirantes al final de las cuales unos soldados alemanes nos daban el alto. Nos llevaron en presencia de los mandos, todavía no sudaban alcohol. Saludaron con el brazo estirado y vociferaron unos minutos en alemán. Después, en la cocina, uno de los oficiales me preguntó en mal francés «¿Por qué?» Me enfrentaba a un consejo de guerra. Me eché a llorar, por mí y porque escuchaba implorar a mis padres, que se habían despertado con los alaridos y los grandes focos encendidos, y me habían visto volver escoltado a la granja. Gritaban y sollozaban en castellano, inútil tarea con aquellos descerebrados, pero no hubiera hecho falta, de sobra sabían que estaban pidiendo por la vida de su hijo. Después, nos sacaron a los tres afuera, uno de los oficiales levantó el brazo en ángulo recto, de costado, con desprecio, y descerrajó dos tiros. El primero de ellos cayó sin saber que estaba muerto. Al segundo le dio tiempo a mirarme a mí antes de mirar la noche. Luego me apuntó y bajó despacio el arma: «la próxima vez tú», dijo. Me cagué encima. Los nazis rompieron en carcajadas y entraron en la casa. Me obligaron a que les sirviera aguardiente con mi miedo pegado al culo.

—Pero no te mataron —exclamó Sabina intentando devolverle al presente.

—¿Tú crees? —preguntó retóricamente—. Muchas veces pienso que la mayor parte de mí se la llevó con él el hombre que me miraba mientras moría.

Aquel matrimonio fue uno de los últimos flecos de la guerra, y Sabina una de sus víctimas. Se esforzó por esa unión pero al cabo de unos pocos años se encontró pensando «no puedo resucitar a un muerto». Quiso separarse más de una vez, pero, cuando veía corretear por la casa a la pequeña Gala, se daba por vencida. «Es un buen hombre —se decía entonces— y, aunque muerto para mí, es buen padre». Mucho tiempo después, cansada de buscar a su marido por los mapas antiguos, atacado por el alzhéimer, olvidado poco a poco de todo y de sí mismo, salió a buscar la pieza que le faltaba.

Gala dio por terminada la conversación con el señor del pelo blanco. Se despedía cuando el hombre le dijo:

—Imagino que estás instalada en el caserón de tu familia.

—Imagina bien.

—Hermoso lugar, lleno de posos.

La forastera condujo el corto trayecto con esas palabras atornillando su cerebro. Abrió la puerta y recorrió toda la casa buscando huellas.